

felicidad de cada individuo, ¿no se compone de la naturaleza de sus facultades? Y si el cielo me ha dado talento, ¿no tengo la imaginación que hace necesarios los gozos de las artes y del ánimo? ¡Tantas personas piden á V. M. ventajas positivas de toda especie! ¿Por qué me he de avergonzar yo de pedirle la amistad, la poesía, la música, los cuadros, toda esa existencia ideal de que puedo gozar sin separarme de la sumisión al monarca de Francia?»

Esta carta no conocida merecía ser conservada. Mad. de Stael no era, como se ha querido suponer, una enemiga ciega é implacable. Pero no fue mas escuchada que yo cuando tuve que dirigirme también á Bonaparte para pedirle la vida de mi primo Armand. Alejandro y César se habrían conmovido con una carta en tono tan digno, escrita por una mujer tan célebre; pero la confianza del mérito que se juzga y se iguala á la dominación suprema, esa especie de familiaridad de la inteligencia que se coloca al nivel del amo de Europa para tratar con él de corona á corona, no parecieron otra cosa á Bonaparte que la arrogancia de un amor propio desmedido. Creíase desafiado por todo lo que tenía alguna grandeza independiente; la bajeza le parecía fidelidad, la altivez rebelión; ignoraba que el verdadero talento no reconoce Napoleones mas que en el genio, y que tiene su entrada en los palacios como en los templos porque es inmortal.

MADAMA DE RECAMIER Y MONSIEUR MATEO DE MONTMORENCY DESTERRADOS.—MADAMA RECAMIER EN CHALONS.

Mad. de Stael abandonó á Chaumont, y volvió á Coppet, Mad. Recamier se apresuró de nuevo á ir á acompañarla; Mr. Mateo de Montmorency le permaneció igualmente fiel. Uno y otro fueron castigados, y con la misma pena que ambos iban á consolar; también les fueron impuestas las cuarenta leguas de distancia de París.

Mad. Recamier se retiró á Chalons-sur-Marne, decidida en su elección por la proximidad de Montmirail que habitaban MM. de la Rochefoucauld-Doudeauville.

Mil particularidades de la opresión de Bonaparte se han perdido en la tiranía general: los perseguidos temían ver á sus amigos por temor de comprometerlos; sus amigos no se atrevían á visitarlos por temor de acarrearles un aumento de rigor. El desgraciado proscrito, convertido en apestado y secuestrado del género humano, permanecía en cuarentena en el odio del déspota. Bien recibido uno en tanto que se ignorase su independencia de opinión, en cuanto esta era conocida, todo se retiraba y no quedaba á su alrededor sino autoridades que expiaban sus relaciones, sus sentimientos, sus correspondencias, sus pasos: tales eran aquellos tiempos de ventura y de libertad.

Las cartas de Mad. de Stael revelan los padecimientos de aquella época en que los talentos se veían amenazados á cada paso de ser encerrados en un calabozo; en que todos no se ocupaban mas que de escapar; en que se aspiraba á la fuga como á la salvación: cuando la libertad ha desaparecido, queda un país; pero no hay ya patria.

Al escribir Mad. de Stael á su amiga que no deseaba verla por temor del mal que de ello la pudiera sobrenvenir, no lo decía todo: ella estaba casada en secreto con Mr. de Rocca; de lo que resultaba una posición embarazosa que aprovechaba la policía imperial. Mad. Recamier, á quien Mad. de Stael creía deber callar sus nuevos cuidados, se sorprendía con razón de la obstinación que esta ponía en cerrarle su palacio de Coppet: lastimada de la resistencia de madama de Stael, por quien se había sacrificado ya, no

por eso persistió menos en su resolución de unirse con ella.

Todas las cartas que habrían debido retener á madama Recamier no sirvieron mas que para confirmarla en su designio. Partió al fin y recibió en Dijon este billete fatal:

«Os digo adios, querido ángel de mi vida, con toda la ternura de mi alma. Os recomiendo á Augusto: que os vea y que me vuelva á ver. Sois una criatura celestial. Si hubiese vivido á vuestro lado, habría sido demasiado dichosa: me hallo arrastrada por el destino. Adios.»

Mad. de Stael no debía ya volver á ver á Julieta sino para morir. El billete de Mad. de Stael hirió como un rayo á la viajera: huir súbitamente, marcharse antes de haber estrechado en sus brazos á la que acudía solícita á arrojarle en sus adversidades, ¿no era de parte de Mad. de Stael una resolución cruel? Parecía á Mad. Recamier que la amistad hubiera podido verse menos arrastrada por el destino.

Mad. de Stael fue á buscar la Inglaterra, atravesando la Alemania y Suecia. El poder de Napoleón era otro mar que separaba á Albion de la Europa, como el Océano la separa del mundo.

Augusto, hijo de Mad. de Stael, había perdido á su hermano, muerto en duelo de un sablazo: casóse, y tuvo un hijo, el cual, de edad de algunos meses, le siguió á la tumba. Con Augusto de Stael se estinguió la posteridad masculina de una mujer ilustre, porque no ha revivido en el nombre honroso, pero desconocido, de Rocca.

MADAMA RECAMIER EN LYON.—MAD. DE CHEVREUSE.—PRISIONEROS ESPAÑOLES.

Habiendo quedado sola Mad. Recamier y llena de pesares, buscó desde luego en Lyon un primer asilo: allí encontró á Mad. de Chevreuse, otra desterrada. Mad. de Chevreuse se había visto obligada por el emperador, y despues por su propia familia, á entrar en la nueva sociedad. Apenas se encontrará un nombre histórico que no consienta en perder antes su honor que un bosque. Introducida ya Mad. de Chevreuse en las Tullerías, creyó poder dominar en una corte salida de los campos, verdad es que esa corte trataba de revestirse de los aires de otro tiempo, con la esperanza de cubrir su reciente origen; pero las maneras plebeyas eran todavía demasiado rudas para recibir lecciones de la impertinencia aristocrática. En una revolución que dura y que ha dado su último paso, como por ejemplo, en Roma el patriciado, un siglo despues de la caída de la república, pudo resignarse á no ser mas que el Senado de los emperadores: lo pasado nada tenía que echar en cara á los emperadores del presente, toda vez que ese pasado había concluido: una mancha igual marcaba todas las existencias. Pero en Francia, los nobles que se transformaron en chambelanes se apresuraron demasiado: el imperio nacido nuevamente desapareció en ellos, y volvieron á encontrarse frente á frente con la antigua monarquía resucitada.

Atacada Mad. de Chevreuse de una enfermedad de pecho, solicitó y no obtuvo pasar sus últimos dias en París: no se muere cuándo y en donde se quiere. Napoleón, que hacia tantos difuntos, no hubiera acabado con ellos si les hubiese dejado la elección de su sepulcro.

Mad. Recamier no lograba olvidar sus propios pesares sino ocupándose de los de los demás: por la mediación caritativa de una hermana de la misericordia visitaba secretamente en Lyon á los prisioneros espa-

ñoles. Uno de ellos, valiente y gallardo, cristiano como el Cid, marchaba á la eternidad: sentado sobre la paja, tocaba una guitarra: su espada había engañado á su mano. Así que veía á su bienhechora, le cantaba tonadas de su país, no teniendo otro medio de darle gracias. Su voz debilitada, y los sonidos confusos del instrumento, se perdían en el silencio de la cárcel. Los compañeros del soldado, medio envueltos en sus capas destrozadas, y con sus cabellos negros caídos sobre sus rostros macilentos y bronceados, levantaban sus ojos orgullosos con la sangre castellana y humedecidos por el reconocimiento hacia la desterrada, que les recordaba una esposa, una hermana, una amante, y que sufría el yugo de la misma tiranía.

El español murió, pudiendo decir como Zarviska, el jóven y valeroso poeta polaco: «Una mano desconocida cerrará mi párpado; el tañido de una campana extranjera anunciará mi muerte, y voces que no serán las de mi patria rogarán por mí.»

Mateo de Montmorency fué á Lyon á visitar á madama de Recamier. Enlonces fue cuando ella conoció á Mr. Camilo Jordan y á Mr. Ballanche, dignos de aumentar el círculo de las amistades consagradas á su noble vida.

MAD. RECAMIER EN ROMA.—ALBANO.—CANOVA.—SUS CARTAS.

Mad. Recamier era demasiado altiva para pedir que le levantaran el destierro. Fouché la había apremiado por mucho tiempo é inútilmente para que adornase la corte del emperador: pueden verse los pormenores de estas negociaciones de palacio en los escritos de la época. Mad. Recamier se retiró á Italia, acompañándola Mr. de Montmorency hasta Chambery. Lo demás de los Alpes lo atravesó sin mas compañero de viaje que una sobrinita suya de siete años, que es hoy Mad. de Lenormant.

Roma era entonces una ciudad de Francia, capital del departamento del Tiber. El papa gemía prisionero en Fontainebleau en el palacio de Francisco I.

Fouché, comisionado en Italia, mandaba en la ciudad de los Césares: lo mismo que el jefe de los eunucos negros en Atenas, no hizo mas que pasar. Instalóse á Mr. de Norvins en calidad de prefecto de policía: el movimiento se hallaba hacia otro punto de Europa.

Conquistada la ciudad eterna sin haber visto á su segundo Alarico, callaba sumida en sus ruinas. Artistas solo vivían en el palacio de Francisco I. Canova recibió á Mad. Recamier como una estatua griega que la Francia devolvía al museo del Vaticano; pontífice de las artes, la inauguró en los honores del Capitolio en Roma abandonada.

Canova tenía una casa en Albano, y la ofreció á madama Recamier, la cual pasó allí el verano. El balcon de su cuarto era uno de esos balcones de pintor, que abarcan el paisaje. Daba á las ruinas de la quinta de Pompeyo: á lo lejos y por encima de los olivos, se veía ocultarse el sol en el mar. Canova volvía á estas horas, y conmovido por aquel hermoso espectáculo, se complacía en cantar con un acento veneciano y una voz agradable, la barcarola *O pescator dell' onda*. Mad. Recamier le acompañaba al piano. El autor de Psychis y de la Magdalena se deleitaba con aquella armonía, y buscaba en las facciones de Julieta el tipo de la Beatriz que pensaba hacer mas adelante. Roma había visto en otro tiempo á Rafael y á Miguel Ángel coronar sus modelos en orgías poéticas, contadas hartó libremente por Cellini: ¡cuán superior era á aquellas esta escena decorosa y pura entre una mujer desterrada y aquel Canova tan sencillo y afable!

Mas solitaria Roma que nunca, llevaba en aquel momento el luto de viuda, y no veía ya pasar bendi-

ciéndolos aquellos pacíficos soberanos que rejuvenecían sus ancianos dias con todas las maravillas de las artes. El ruido del mundo se hallaba alejado nuevamente de ella. San Pedro estaba desierto como el Coliseo.

He leído las cartas elocuentes que escribía á su amiga la mujer mas ilustre de nuestros dias pasados: léanse los mismos sentimientos de ternura expresados con la mas encantadora sencillez en la lengua de Petrarca por el primer escultor de los tiempos modernos. No cometeré el sacrilegio de intentar traducirlos:

«Domenica mattina.

«Dio eterno! ¿Siamo vivi, ó siamo morti? Io voglio esser vivo, almeno per scrivervi; si, lo vuole il mio cuore anzi mi commanda assolutamente di farlo. ¡Oh, se'l conoscete bene á fondo questo Povero cuor mio, quanto, quanto mai ve ne persuadereste! Maper disgrazia mia para ch'egli sia alquanto all' oscuro per voi. ¡Pazienza! Ditemi almeno come state di salute, si di piú non volete dire: benché mi abbiate promesso di scrivere e di scrivermi dolce. Io davvero che avrei voluto vedervi personalmente in questi giorni, ma non vi poteva essere alcuna via di poterlo fare: anzi su di questo vi diro á voce delle cose curiose. Conviene dunque che mi contenti á forza, di vedervi in spirito. In questo modo sempre mi siete presente, sempre vi veggo, sempre vi parlo, vi dico tante, tante cose, ma tutte, tutte al vento, tutte: ¡Pazienza anche di questo! ¡Gran fatto che la cosa abbia d'andare sempre in questo modo! Voglio intanto pero che siate certa, certissima che l'anima mia vi ama molto piú assai di quello che mai possiate credere ed immaginare.»

EL PESCADOR DE ALBANO.

Mad. Recamier había socorrido á los prisioneros españoles en Lyon: otra víctima del mismo poder que la hería la puso en el caso de ejercitar en Albano sus sentimientos compasivos: un pescador, acusado de estar en inteligencia con los súbditos del papa, había sido juzgado y condenado á muerte. Los habitantes de Albano suplicaron á la extranjería refugiada entre ellos que intercediese por aquel desgraciado. Condujéronla á la cárcel; vió en ella al preso, y condolido de la desesperación de aquel hombre, prorumpió en lágrimas. El infeliz le suplicó que acudiese en su auxilio; que intercediese por él; que le salvase: suplica tanto mas desgarradora, cuanto que era imposible arrancarle al suplicio. Era ya de noche, y debía ser fusilado al amanecer.

Sin embargo, Mad. Recamier, aunque persuadida de la inutilidad de sus esfuerzos, no vaciló. Tráenle un carruaje, y sube en él sin la esperanza que dejaba al sentenciado. Atraviesa los campos infestados de bandidos; llega á Roma, y no encuentra al director de policía. Aguardó dos horas en el palacio de Fiano, contando los minutos de una vida, de la que se acercaba el último. Cuando llegó Mr. de Norvins le explicó el objeto de su viaje, y aquel le contestó que estaba dictada la sentencia, y no tenía las facultades necesarias para hacerla suspender.

Mad. Recamier se volvió con el corazón traspasado: el preso había dejado de existir cuando ella llegó á Albano. Los habitantes aguardaban á la francesa en el camino, y al punto que la reconocieron, se acercaron á ella. El sacerdote que había asistido al paciente le venía á manifestar los últimos deseos de este. Daba gracias á la dama que no había cesado de buscar con sus hijos al dirigirse al sitio de la ejecución; recomendábale que orase por él, porque para un cristiano no ha acabado todo, ni está libre de temor por haber dejado de existir. Mad. Recamier

fue conducida por el eclesiástico á la iglesia, á donde la siguió la multitud de hermosas aldeanas de Albano. El pescador habia sido fusilado á la hora en que la aurora principiaba á iluminar la barca, ya sin guía, que él tenia costumbre de conducir sobre los mares y á las riberas que solía recorrer.

Para disgustarse de los conquistadores sería preciso saber todos los males que couan; sería preciso ser testigo de la indiferencia con que se les sacrifican las criaturas mas inofensivas en un rincón del globo en donde jamás han puesto el pié. ¿Qué importaban á los triunfos de Bonaparte los días de un pobre pescador de los Estados Romanos? Indudablemente nunca habrá sabido que existiese ese miserable pescador, y en el estrépito de su lucha con los reyes habrá ignorado hasta el nombre de su víctima plebeya.

El mundo no distingue en Napoleón sino victorias: las lágrimas en que se han cimentado las columnas triunfales no caen de sus ojos. Y yo creo que de esos sufrimientos despreciados, de esas calamidades de los humildes y pequeños se forman en los consejos de la Providencia las causas secretas que precipitan desde lo alto al dominador. Cuando se acumulan las injusticias particulares de modo que vencen el peso de la fortuna, el nivel baja. Hay sangre muda y sangre que grita: la sangre de los campos de batalla la bebe en silencio la tierra: la sangre pacífica derramada salta gimiendo hácia el cielo. Dios la recibe y la vengó: Bonaparte mató al pescador de Albano: algunos meses después se hallaba desterrado entre los pescadores de la isla de Elba, y ha muerto entre los de Santa-Elena.

¿Mi vago recuerdo bosquejado apenas en los pensamientos de Mad. Recamier se le aparecían en las riberas del Tiber y del Anio? Yo habia ya pasado al través de aquellas soledades melancólicas, y habia dejado una sombra honrada con las lágrimas de los amigos de Julieta. Cuando en 1803 murió la hija de Mr. de Montmorin (Mad. de Beaumont), Mad. de Stael y Mr. Necker me escribían cartas de pésame: vistas han sido esas cartas. De este modo recibía yo en Roma, antes casi de haber conocido á Mad. Recamier, cartas fechadas en Coppet: este es el primer indicio de una afinidad de destino. Mad. Recamier me ha dicho también que mi carta de 1803 á Mr. de Fontanes le servía de guía en 1814, y que leía repetidas veces este pasaje:

«Todo el que no tenga lazo ninguno en la vida debe ir á Roma. Allí encontrará por sociedad una tierra que alimentará sus reflexiones y ocupará su corazón, y paseos que le dirán siempre alguna cosa. La piedra que pise le hablará; el polvo que el viento levante de sus pisadas encerrará alguna grandeza humana. Si es desgraciado; si ha mezclado las cenizas de los que amó á tantas cenizas ilustres, ¿con qué encanto no pasará del sepulcro de los Escipiones al último asilo de un amigo virtuoso!... Si es cristiano, ¡ah! ¿Cómo podría entonces arrancarse de esta tierra que ha visto nacer un segundo imperio mas santo en su cuna, mas grande en su poder que el que le precedió, de esta tierra en donde los amigos que hemos perdido, durmiendo con los mártires en las catacumbas á la vista del padre de los fieles, parecen deberse despertar los primeros en su polvo y estar mas próximos á los cielos?»

Pero en 1814 no era yo para Mad. Recamier mas que un *cicerone* vulgar, perteneciente á todos los viajeros: mas feliz en 1823 habia cesado de ser extranjero para ella, y podíamos hablar juntos de las ruinas romanas.

MAD. RECAMIER EN NÁPOLES.—EL DUQUE DE ROHAN CHABOT.

En Nápoles, adonde fué por el otoño Mad. Recamier, cesaron las ocupaciones de la soledad. Apenar se apeó en la posada, se le presentaron los ministros del rey Joaquín. Murat, olvidando la mano que habia cambiado su látigo en cetro, estaba dispuesto á unirse á la coalición. Bonaparte habia plantado su espada en medio de Europa, como los gaulas plantaron su dardo en medio del mallo: alrededor de la espada de Napoleón habia colocados en círculo reinos que este distribuía á su familia. Carolina habia recibido el de Nápoles. Mad. Murat no era un camafeo antiguo tan elegante como la princesa Borghese; pero tenia mas fisonomía y mas talento que su hermana. En la firmeza de su carácter se reconocía la sangre de Napoleón. Si la diadema no hubiera sido para ella el adorno de la cabeza de una mujer, todavía habria sido la señal del poder de una reina.

Carolina recibió á Mad. Recamier con una solicitud tanto mas afectuosa, cuanto que la opresión de la tiranía se hacia sentir hasta en Pórtici. Sin embargo, la ciudad que posee la tumba de Virgilio y la cuna del Tasso: esa ciudad en que vivieron Horacio y Tito Livio, Bocaccio y Sannazaro, en donde nacieron Durante y Cimarosa, habia sido embellecida por su nuevo amo. Hallábase restablecido el órden, y los *lazzaroni* no jugaban ya á los bolos con cabezas para divertir al almirante Nelson y á lady Hamilton. Habíanse extendido las escavaciones de Pompeya, y sobre el Pausilipo serpenteaba un camino, por el que pasé en 1803 para ir á examinar en Lerno el retiro de Escipión. Aquellas monarquías nuevas, de una dinastía militar, habian hecho renacer la vida en países en donde se manifestaba antes la moribunda languidez de una antigua estirpe. Roberto Guiscard, Guillermo Bras-de-Fer, Rogerio y Tancredo parecían haber vuelto, á excepcion de la caballería.

Mad. Recamier se hallaba en Nápoles por el mes de febrero de 1814. ¿Y yo dónde estaba? En mi *Valleaux Loups*, principiando la historia de mi vida. Ocupábame de los juegos de mi infancia al ruido de las pisadas de soldados extranjeros. La mujer cuyo nombre debia terminar estas *Memorias* vagaba sobre las marinas de Bayas. ¿No tenia yo un presentimiento del bien que me vendria algun día de aquella tierra, cuando pintaba la seducción partenopea en los *Mártires*...

«Todas las mañanas, así que la aurora principiaba á aparecer, me iba bajo un pórtico. El sol se elevaba delante de mí, iluminando con sus fuegos mas suave la cadena de montañas de Salerno, el azul del mar, sembrado de las velas blancas del pescador, las islas de Caprea, de Oenaria y de Prochyta, el cabo de Miseno y Bayas, con todos sus encantos.

«Las flores y frutos húmedos de rocío son menos suaves y frescos que el paisaje de Nápoles. Saliendo de las sombras de la noche, sorprendíame siempre al llegar al pórtico de hallarme á orillas del mar, porque las olas en aquel punto hacían apenas oír el ligero murmullo de una fuente. Extasiado ante aquel cuadro, me apoyaba contra una columna, y sin pensamiento, sin deseo, sin proyecto, permanecía horas enteras respirando un ambiente delicioso. El encanto era tan grande, que me parecia que aquel aire divino transformaba mi propia sustancia, y que con un placer indecible me elevaba hácia el firmamento como un espíritu puro... Aguardar ó buscar la belleza, verla adelantarse en una barquilla y sonreírnos de en medio de las olas; bogar con ella sobre el mar, cuya superficie sembrábase de flores; seguir á la encantadora al fondo de aquellos bosques de mirto, y á los campos felices en

donde Virgilio colocó el Eliseo: tal era la ocupación de nuestros días...

«Quizá hay climas peligrosos para la virtud por su extremada voluptuosidad: ¿y no es eso lo que quiso enseñar una fábula ingeniosa, refiriendo que Parthenope fue construida sobre el sepulcro de una sirena? El brillo aterciopelado de la campiña, la dulce temperatura de la atmósfera; los contornos redondeados de las montañas; las muelles inflexiones de los rios y de los valles, son en Nápoles otras tantas seducciones para los sentidos, á los que todo da descanso y nada lástima. Para evitar los ardores del medio día nos retirábamos á la parte del palacio, construido bajo el mar. Acostados en lecho de marfil, oíamos murmurar las olas por encima de nuestras cabezas: si en el interior de aquellos retiros nos sorprendía alguna tempestad, los esclavos encendían lámparas, llenas del nardo mas precioso de la Arabia. Entonces entraban jóvenes napolitanas, que traían rosas de Pesto en vasos de Nola, y mientras que las olas bramaban por fuera ellas, cantaban, formando delante de nosotros bailes pausados que me recordaban las costumbres de la Grecia: así se realizaban para nosotros las ficciones de los poetas: hubiérase creído ver los juegos de las Nereidas en la gruta de Neptuno.»

Mad. Recamier encontró en Nápoles al conde de Nieperg, y al duque de Rohan Chabot: el uno debia subir al nido del águila, y el otro vestir la púrpura. Se ha dicho de este que estaba destinado al color encarnado, habiendo llevado el vestido de chambelan, el uniforme de caballería ligera de la guardia, y el traje de cardenal.

El duque de Rohan era muy lindo: hablaba novelescamente, pintaba á la aguada, y se distinguía por su exquisito esmero en el vestir. Cuando se hizo sacerdote, su piadosa cabellera, á prueba del hierro, tenia una elegancia de mártir. Predicaba al oscurecer en oratorios sombríos, á un auditorio de devotos, cuidando, con el auxilio de dos ó tres velas arísticamente colocadas, de iluminar á medias tintas, como un cuadro, su píldo semblante.

No se explica á primera vista como hombres á quienes sus nombres hacían tontos á fuerza de orgullo, se ponían á merced de una *recien llegado*. Reflexionando un poco se advierte que aquella aptitud para acomodarse á todo procedía naturalmente de sus costumbres: familiarizados con la domesticidad, nada les importaba el cambio de librea con tal que el amo estuviese alojado en palacio con la misma divisa. El desprecio de Bonaparte les hacia justicia: este gran soldado, abandonado de los suyos, decia con reconocimiento á una elevada señora: «En realidad, no hay mas que vosotros que sepan servir.

La religión y la muerte han pasado la esponja sobre ciertas debilidades, bien perdonables por otra parte, del cardenal de Rohan. Sacrdote cristiano, consumó en Besanzon su sacrificio, socorriendo á los desgraciados, dando de comer á los pobres, vistiendo á los huérfanos y empleando en buenas obras su vida, cuya carrera abreviaba naturalmente una salud quebrantada.

Lector, si te impacientas con estas citas y estos relatos, piensa en primer lugar que no habrás quizás leído mis obras, y sobre todo que ya no te oigo, pues estoy durmiendo en la tierra que tú pisas: si te incomoda, hiere en esa tierra, que no insultarás mas que á mis huesos. Piensa ademas que mis escritos forman parte esencial de esta existencia, cuyas hojas desdoblo. ¡Ay! ¡Ojalá que mis cuadros napolitanos tengan un fondo de verdad! ¡Ojalá que la hija del Ródano fuese la mujer verdadera de mis delicias imaginarias! Pero no: si yo fui Agus'in, Gerónimo, Eudoro, lo fui solo: mis días obrepusaron á los días de la amiga de Corina en Italia. ¡Feliz yo si hubiese podido estender

mi vida entera bajo sus pasos, como una alfombra de flores! Pero mi vida es escabrosa, y sus asperezas lastiman. ¡Ojalá que mis horas espirantes puedan reflejar el enternecimiento y el encanto de que ella las ha llenado sobre la que fue amada de todos, y de quien nadie tuvo jamás motivos de queja!

EL REY MURAT.—SUS CARTAS.

Murat, rey de Nápoles, nació el 25 de mayo de 1771 en la Bastide, cerca de Cahors, y fue enviado á Tolosa para hacer allí sus estudios. Disgustóse de las letras, se alistó en los cazadores de los Ardenes, desertó y se refugió en París. Admitido en la guardia constitucional de Luis XVI, obtuvo, despues del licenciamiento de esta guardia, una subtenencia en el undécimo regimiento de cazadores de caballería. Cuando la muerte de Robespierre, fue destituido como terrorista: lo mismo sucedió á Bonaparte, y ambos soldados quedaron sin recursos. Murat volvió á rehabilitarse en el 13 de vendimiario, y fue nombrado ayudante de Napoleón, á cuyas órdenes hizo las primeras campañas de Italia: tomó la Valtelina, que reunió á la república cisalpina; y tuvo también parte en la expedición de Egipto, distinguiéndose en la batalla de Abukir. De vuelta á Francia con su amo, fue encargado de expulsar el consejo de los *Quinientos*. Bonaparte le dió en matrimonio á su hermana Carolina. Murat mandaba la caballería en la batalla de Marengo. Gobernador de París en tiempo de la muerte del duque de Enghien, la mantuvo por lo bajo un asesinato que no tuvo valor para censurar públicamente.

Cuñado Murat de Napoleón y mariscal del imperio, entró en Viena en 1806; contribuyó á las victorias de Austerlitz, Jena, Eylau y Friedlan; llegó á ser gran duque de Berg, é invadió la España en 1808.

Napoleón le llamó y le dió la corona de Nápoles. Proclamado rey de las Dos-Sicilias en 1.º de agosto de 1808, agradó á los napolitanos por su fausto, su traje teatral, sus cabalgatas y sus fiestas.

Llamado en calidad de gran vasallo del imperio á la invasión de la Rusia, volvió á aparecer en todos los combates, y quedó encargado del mando de la retirada de Smolensk á Wilna. Despues de manifestar su descontento, dejó el ejército y fué á calentarse al sol de Nápoles, como su capitán al hogar de las Tullerías. Aquellos hombres del triunfo no podían acostumbrarse á los reveses. Entonces principiaron sus alianzas con el Austria; volvió á aparecer de nuevo en los campos de Alemania en 1813; volvió á Nápoles despues de la batalla de Leipsik, y reanudó sus negociaciones austrobritánicas. Antes de entrar en una alianza completa, escribió Murat á Napoleón en una carta que he oído leer á Mr. de Mosbourg. En esta carta decia á su cuñado que habia encontrado á la península muy agitada; que los italianos reclamaban su independencia nacional, que si no se les devolvía era de temer se uniesen á la coalición de Europa y aumentasen de ese modo los peligros de la Francia: suplicaba á Napoleón que hiciese la paz, único medio de conservar un imperio tan poderoso y tan bello; que si Bonaparte rehusaba escucharle; él, abandonado en el extremo de la Italia, se veria precisado á abandonar su reino ó abrazar los intereses de la libertad italiana. Esta carta muy sensata quedó por muchos meses sin respuesta: de consiguiente Napoleón no pudo echar en cara con justicia á Murat que le hubiese hecho traicion.

Obligado Murat á elegir prontamente, firmó en 11 de enero de 1814, con la corte de Austria, un tratado, en que se obligaba á suministrar á los aliados un ejército de treinta mil hombres. En premio de esta defección se le garantizaba su reino de Nápoles y su derecho de conquista sobre las Marcas pontificias. Mad. Murat habia revelado aquella importante transacción á Mad. Recamier. En el momento de declarar-

se Murat abiertamente y con el ánimo muy conmovido, encontró á Mad. Recamier en el cuarto de Carolina, y le preguntó su parecer acerca del partido que debía tomar, rogándole que tuviese bien en cuenta los intereses del pueblo de que era soberano. Madama Recamier le dijo: «Sois francés, y á los franceses es á quienes debéis permanecer fiel.» Desfigurósele el semblante á Murat, y replicó.—«¿Con que soy un traidor? ¿Y qué he de hacer? Ya es demasiado tarde! Abrió violentamente una ventana, y señaló con la mano una escuadra inglesa que entraba á vela llena en el puerto.

El Vesubio acababa de tener una erupción, y vomitaba llamas. Dos horas despues estaba Murat á caballo al frente de sus guardias: la multitud le cercaba gritando:—«¡Viva el rey Joaquín!» Todo lo había olvidado, y parecía ebrio de gozo. Al día siguiente gran



MOREAU.

ral, ha tenido miedo, y no ha titubeado en perder en un instante lo que no puede tener sino por mí y conmigo.»

En otra carta, dirigida al mismo Murat en persona, decía Napoleón á su cuñado: «Supongo que no seréis de los que piensan que el león está muerto; si hicierais ese cálculo, sería en falso... Desde vuestra marcha de Wilna me habeis hecho todo el mal que habeis podido. El título de rey os ha trastornado la cabeza: si deseais conservarla, portaos bien.»

Murat no persiguió al vírey sobre el Adigio, vacilando, según las probabilidades que Bonaparte parecía ganar ó perder.

En los campos de Brienne, en donde Napoleón fue elevado por la antigua monarquía, daba en honor de esta el último y mas admirable de sus sangrientos torneos. Favorecido Joaquín por los carbonarios, unas veces quería declararse libertador de la Italia, otras esperaba combatirla entre él y Bonaparte una vez vencedor.

funcion en el teatro de San Carlos: el rey y la reina fueron recibidos con frenéticas aclamaciones, desconocidas de los pueblos del lado de acá de los Alpes. Aplaudióse tambien al enviado de Francisco II: en el palco del embajador de Napoleón no se veía á nadie. Murat se turbó como si en el interior de aquel palco hubiese visto el espectro de la Francia.

Puesto en movimiento el ejército de Murat en 16 de febrero de 1814, y obligado el príncipe Eugenio á replegarse sobre el Adigio, Napoleón, despues de obtener triunfos inesperados en Champaña, escribía á su hermana Carolina cartas que fueron interceptadas por los aliados y comunicadas al parlamento de Inglaterra por lord Castlereagh; decíale en ellas: «Vuestro marido es muy valiente en el campo de batalla; pero mas débil que una mujer ó un monge cuando no ve al enemigo. No tiene ningun valor mo-

Una mañana llevó el coronel á Nápoles la noticia de la entrada de los rusos en París. Mad. Murat estaba acostada todavía, y Mad. Recamier, sentada á la cabecera de su cama, estaba hablando con ella, á tiempo que pusieron sobre la cama una porción de cartas y periódicos. Entre estos se hallaban mi escrito de Bonaparte, y los Borbones. La reina exclamó:—«¡Ah, una produccion de Mr. de Chateaubriand! La leeremos juntas.» Y continuó abriendo sus cartas.

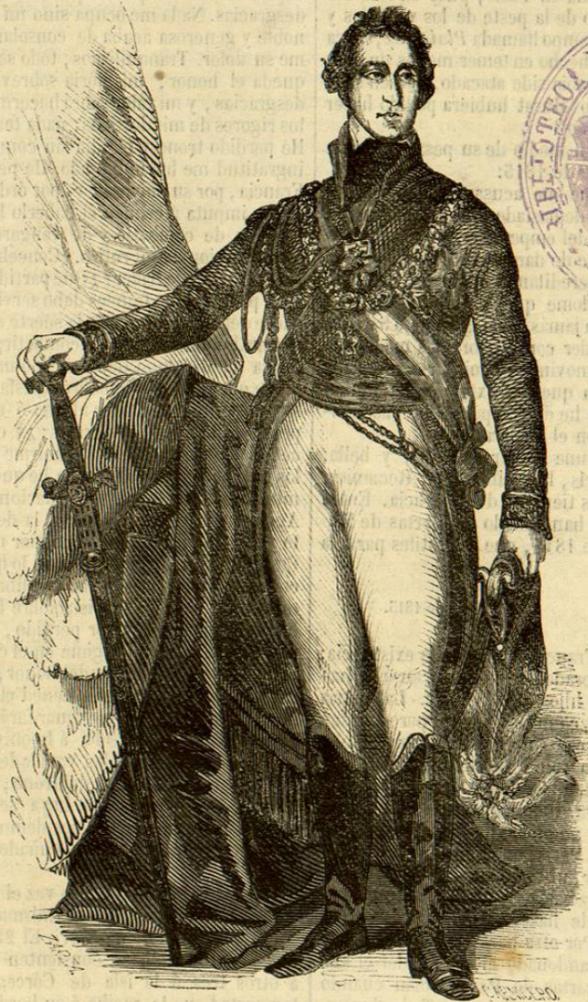
Mad. Recamier tomó el folleto, y despues de ojearlo por encima, lo volvió á poner sobre la cama, y dijo á su señora:—«Señora, lo leeréis vos sola: tengo que volver á casa.»

Napoleón fue relegado á la isla de Elba: la Alianza, con una grande habilidad, lo había colocado sobre las costas de Italia. Murat supo que se trataba en el congreso de Viena de despojarle de los Estados que había comprado tan caro, y se puso entonces en inteligencia secretamente con su cuñado, que había llegado á ser vecino suyo. Se ha extrañado siempre

que los Napoleones hayan tenido parientes. ¿Quién sabe el nombre de Aridéo, hermano de Alejandro? Durante el año de 1814, el rey y la reina de Nápoles dieron una fiesta en Pompella, en donde se practicó una excavacion al son de la música: las ruinas que hacían desenterrar Carolina y Joaquín no les instruían sobre su propia ruina: al borde de la prosperidad no se oían mas que los últimos conciertos del ensueño que pasa.

Cuando la paz de París, formaba Murat parte de la Alianza. Habiendo sido devuelto al Austria el Milane-

sado, se retiraron los napolitanos á las legaciones romanas. Cuando Bonaparte, desembarcando en Cannes, entró en Lyon, Murat, perplejo y con intereses distintos, salió de las legaciones y marchó con cuarenta mil hombres hácia la alta Italia, para practicar una conversion en favor de Napoleón; y rehusó en Parma las condiciones que los austriacos, asustados le ofrecían todavía. Para todo hombre hay un momento crítico, que, bien ó mal aprovechado, decide de su porvenir. El baron de Firmont rechaza las tropas de Murat, toma la ofensiva, y las persigue hasta



EL DUQUE DE WELLINGTON.

Macerata. Los napolitanos se desmandaron, y su general-rey volvió á Nápoles acompañado de cuatro lanceros. Presentóse á su esposa, y le dijo:—«Señora, no he podido morir.» Al día siguiente le condujo un barco hácia la isla de Ischia; encuentra en el mar una embarcacion en que iban algunos oficiales de su estado mayor, y se dirige con ellos hácia Francia.

Habiéndose quedado sola Mad. Murat, Mostró una presencia de espíritu admirable. Los austriacos estaban á punto de presentarse, y en la transición de una autoridad á otra podía sobrevenir un intervalo preña-

do de desórdenes. La regente no precipita su retirada sino que deja á los soldados alemanes ocupar la ciudad, y por la noche hace iluminar sus galerías. El pueblo, distinguiendo las luces desde fuera, cree que la reina está allí todavía, y permanece tranquilo. Pero Carolina había salido por una puerta secreta, y se había embarcado. Sentada en la popa del buque, veía resplandecer iluminado el palacio desierto de que se alejaba, imagen del brillante ensueño que había tenido mientras dormía en la region de las hadas.

Carolina encontró la fragata que conducía á bordo